

“PRONTO LOS VIMOS DESFILAR”... COSTUMBRES DE LOS VENEZOLANOS EN LOS APUNTES DE UNA DAMA FRANCESA

Marielena Mestas Pérez

Investigador Asociado Centro de Investigaciones y Estudios Humanísticos,
Universidad Católica Andrés Bello

Desde la llegada del general Antonio Guzmán Blanco a la presidencia de Venezuela, en el año de 1870, se inicia un período muy particular e interesante en la vida cotidiana caraqueña: el esfuerzo sostenido por el propio Guzmán y por la prensa, de depurar las costumbres sociales. Se privilegian los manuales de urbanidad, publicaciones llegadas de algunos países de Europa y todo aquello que aporte progreso, civilidad y refinamiento.

Jenny de Tallenay, dama francesa, nacida en el año 1855¹, arribará a Venezuela en el año 1878. El motivo de su visita no es otro que acompañar a su padre, el diplomático Henri de Tallenay², nombrado Cónsul General y encargado de negocios de Francia en Venezuela³.

Plena de expectativas y motivaciones por descubrir y observar paisajes geográficos y humanos, hasta ese momento desconocidos para ella, la viajera irá anotando con profusión de detalles todo cuanto perciben sus sentidos, inspirada por un espíritu permanentemente curioso, que anhela explorar los más diversos

1 La viajera permanecerá tres años en Venezuela. En Caracas, contraerá nupcias con el ministro de Bélgica en Venezuela, Ecuador y Colombia, Ernest von Bruyssel. Juntos emprenderán diversos paseos que los llevarán a conocer Caracas y poblaciones del interior como Puerto Cabello, Tucaras, Maracay, San Juan de los Morros o Valencia.

2 El diplomático ejerció funciones en Venezuela hasta 1881. Dejó la capital el 7 abril del mencionado año para continuar rumbo a Lima, pues fue nombrado ministro plenipotenciario en Perú. Falleció en Lima el 29 de octubre de 1884.

3 Para la fecha de su arribo al país, Venezuela estaba gobernada por Francisco Linares Alcántara, nacido en Turmero, estado Aragua, en 1828. Linares falleció repentinamente en La Guaira en el año 1878. Militar y político, fue presidente de la República durante el breve período que abarca de 1877 a 1878. Ese mismo año habían llegado los Tallenay a Caracas. En 1879 vuelve a encargarse el General Guzmán Blanco de la presidencia. Cuando la familia Tallenay arriba a Caracas, el presidente Linares estaba ausente. No obstante, entre el mandatario y el diplomático Tallenay se verifica un intercambio de telegramas de saludo y buenos augurios.

aspectos respecto a la sociedad en la que va a desenvolverse durante su permanencia en suelo americano. Obviamente, sus observaciones revisten un particular interés para quienes decidimos estudiar su hermoso libro, profuso en detalles, en que, a veces, también se asientan imprecisiones y errores. Hacemos referencia a *Souvenirs du Venezuela: Notes de Voyage*, publicado en París, en el año 1884⁴.

El libro está dedicado a su madre, la marquesa Olga de Tallenay. La obra detalla buena parte de las experiencias que su autora va anotando pacientemente durante los tres años de su estancia en Venezuela.

Desde las primeras páginas, en las que se describe el viaje a bordo del vapor “Saint-Germain”, de la Compañía General Trasatlántica, la joven anuncia el sentido de expectación que la embarga y hace constar cómo lo novedoso le es inspirador.

No obstante, pareciera que esta admiración se sustenta sobre el deseo de conocer y de la novedad más que del estudio, ya que la visitante suministra datos históricos y geográficos erróneos y desconoce dónde está ubicada Venezuela. Afirma:

En realidad, falta población en estas ricas regiones de la América Central, tan admirablemente adaptadas sin embargo / a la satisfacción de todas las necesidades de la vida humana. Los nueve grandes Estados de la Unión venezolana actual, con sus inmensos territorios, sus recursos variados, contienen apenas tres millones de habitantes. (190 y 191).

Es pertinente señalar que este desacierto es enmendado en el párrafo final del libro. Ahí Jenny asevera que su intención al redactarlo ha sido contribuir para “apreciar mejor y dar a conocer a un país aún poco explorado, que por su admirable situación, sus recursos prodigiosos y la inteligente actividad de su población ocupa un lugar considerable entre los estados de la América del Sur”. (258).

La autora de la obra, quien “mira” al país y a sus habitantes, es una extranjera, por lo que su testimonio está particularmente distinguido no sólo por las referencias asentadas sino, también, por cómo las registra. En este particular, advertimos un dato digno de ser considerado: más que la “óptica femenina” el relato presenta unas apreciaciones que no revelan especial atención en las damas

4 Es oportuno puntualizar que todas las citas del texto en cuestión están tomadas de la edición del año 1954, traducida del francés al español y prologada por René L. F. Durand, quien también se encarga de redactar las notas explicativas. En consecuencia, al terminar una referencia sólo anotaremos el número de la página correspondiente a dicha edición.

con las que la viajera se vincula. Como estudiaremos oportunamente, a Tallenay le atrae cualquier ser humano y los rasgos fisonómicos, léxico, vestuario, hábitos gastronómicos, entre otros, que descubre; le atrae profundamente acotar, de manera global a quien ve, no importa la escala social o género. Más que un diario de tendencias femeninas o feministas, *Souvenirs du Venezuela* o *Recuerdos de Venezuela*, como lo llamaremos en adelante, es una colección de relatos plenos de aportes etnológicos.

Es así que en este trabajo nos hemos propuesto descubrir la valoración de la joven Tallenay sobre las costumbres y la vida cotidiana de los residentes en Caracas y en algunas ciudades y poblados que visita cuando se traslada al interior del país. Cabe precisar que enfatizaremos aquello que comprende el ámbito social y, específicamente, lo que involucra el entorno femenino. No obstante, tendremos muy presente que el interés de la autora no es en particular hacia las damas con las que se codea, sino hacia la sociedad en general. Esto confiere originalidad a su aporte porque, en su época, no era frecuente que las señoras se dedicaran a los oficios de escribir y, mucho menos, a publicar con una visión etnológica como la que ofrece Tallenay.

Jenny, admiradora de la naturaleza y aficionada a la escritura, combina ambos oficios, cosa extraordinaria entre las damas de su tiempo. Así, llega a América, continente desconocido, entusiasmada por experimentar nuevas emociones y conocer un mundo tan ajeno como exótico y atractivo para ella.

Como nos advierte en el prólogo René L. F. Durand, siguiendo una crónica aparecida en el diario “La Opinión Nacional”⁵, la familia Tallenay llega al puerto de La Guaira luego de haber cruzado el Atlántico durante 16 días. Antes efectúan escalas en Guadalupe y Martinica. Al escribir “nos levantamos temprano, ansiosos de impresiones nuevas” (1954: 15), la joven deja constancia de su satisfacción por todo lo que le espera.

Una vez en Caracas, los Tallenay se establecen en el Hotel “Lange”, ubicado en la céntrica esquina de Carmelitas. Otro de los huéspedes allí residiendo era el Ministro de Hacienda, general Joaquín Díaz, a quien el diplomático Tallenay visita de inmediato. Al asentarse en este recinto inician una nueva etapa de vida, ansiosos por disfrutar de las experiencias novedosas que les aguardan.

5 “La Opinión Nacional”, 26 de agosto, 1878.

Una viajera con espíritu naturalista

Cuando los señores Tallenay arriban a Venezuela, recién se ha iniciado un proceso de reconstrucción y modernización del país que, impulsado por la admiración que el general Guzmán Blanco⁶ profesaba por Europa, y en forma particular por su aprecio a lo proveniente de Francia, intenta crear, al menos en Caracas, un estilo de vida urbana. En medio de estas circunstancias llega al país la familia Tallenay plena de expectativas.

Como se aprecia desde las primeras páginas, la joven Jenny se esmera por registrar todo cuanto observa. Sus *Recuerdos...* son una fuente valiosa no sólo por los datos que recoge, sino por las apreciaciones de su autora. Tallenay apunta cada visita o excursión que efectúa y detalla cuanto le rodea: todo es motivador para ella, desde el entorno geográfico, hasta el humano. Además, su texto es un aporte genuino, que parte de la mirada foránea propia de una extranjera.

El relato ofrece datos diversos como superficie, población, temperaturas, pluviosidad y topografía, entre otros, de los lugares que visita. Cuando la viajera participa en una excursión, evidencia vivo interés de dejar constancia escrita respecto a cómo es el paisaje que tiene frente a ella. Tomemos como muestra el recorrido realizado por el bosque de Catuche. Fitónimos, como la orquídea o “flor de mayo”, y zoónimos, como el “caballito del diablo”, son mencionados y descritos con profusión de detalles. Permanentemente motivada, acota: “deseábamos vivamente empezar nuestras excursiones y nuestro anhelo fue satisfecho plenamente”. (68). En una visita efectuada en Caracas, especifica: “Íbamos hacia los alto de la ciudad, con nuestras cajas de herborizar a la espalda, aspirando el aire fresco de los montes y felices de ir a ver de nuevo la naturaleza en su casa”. (73).

6 (Caracas, 20.02.1829 - París, 28.07.1899). Abogado, político, estadista, cabeza militar de la Guerra Federal, jefe del Partido Liberal y presidente de la República en tres oportunidades. Entre otros caracterizadores, destacan su inclinación hacia la cultura. Llegó a poseer la mejor biblioteca privada de su tiempo. Su gusto por lo europeo y particularmente hacia lo francés, le hizo poner particular empeño en embellecer y modernizar Caracas. Destacó en el fomento de la enseñanza y tuvo el propósito de impulsar el progreso en diversos campos. Entre otros títulos, se hizo llamar “el Ilustre Americano”. También ha ido reconocido como “el autócrata civilizador”.

Fundación Polar.1997. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Tomo 2, págs. 625-630.

Todos estos comentarios son el reflejo del profundo espíritu naturalista que distingue a la excursionista y favorece reconocer la sensibilidad contemplativa que la acompaña.

Ya avanzado el relato, en una excursión por el interior del país, narrará cómo ella y su marido estuvieron “Sentados en la hierba, con nuestros álbumes abiertos y nuestros lápices en la mano hubiéramos podido creernos, detrás de nuestro bosque de plátanos, lejos de todo espacio habitado y en plena naturaleza” (228). El fragmento es revelador, pues facilita evidenciar una vez más que su sensibilidad se inclina hacia la valoración por cuanto le rodea, ávida de percibir y plasmar en el papel todo lo que le es posible registrar. En consecuencia, al sentarse sobre la hierba, parece que quiere fundirse con el paisaje circundante.

Pese al calor, a recorrer maltrechas y polvorientas carreteras en coche o en mula, al instalarse en posadas desprovistas de las mínimas comodidades, prevalecen en Jenny y su marido no sólo el placer por la aventura, sino el afinado disfrute de descubrir nuevos lugares y acumular experiencias inéditas.

Una buena síntesis descriptiva de su estancia en Venezuela sería estos fragmentos: “¡Cuántas riquezas se pueden recoger en este suelo aún virgen de Venezuela, tan poco conocido en Europa!” (229). Posteriormente, al culminar sus *Recuerdos...* precisa: “Habíamos llegado al fin de nuestro viaje. Durante varios meses habíamos vivido libremente como verdaderos nómades, recorriendo un país rico y fértil, sumamente variado en sus aspectos, todavía poco conocido, en el cual habíamos hallado en todas partes una hospitalidad franca y cordial” (247). Esta última idea es, precisamente, el aporte esencial de su libro que da cuenta de cómo es geográficamente una parte de Venezuela y también favorece reconocer cuáles son los rasgos que identifican a sus habitantes.

Algunas apreciaciones en torno a los venezolanos

En cuanto al paisaje social, Jenny va dando cuenta de los rasgos más distintivos de los venezolanos y de sus formas de sociabilidad. Encuentra una colectividad determinada por ciertas características que para ella son atractivas y por eso las reseña.

Además, las costumbres sociales que observa son, en muchas oportunidades, distintas a las propias y esto hace que para la viajera cada visita o cada excursión se convierta en algo más novedoso aún. En tal sentido, sus apuntes no sólo son el reflejo de lo que observa, sino del atractivo que implica cada contacto

que toma con los venezolanos. En los párrafos siguientes iremos precisando cada uno de estos aspectos.

Una de las primeras observaciones que apunta tiene que ver con el espíritu festivo que distingue a los venezolanos, generalmente dispuestos con facilidad para las fiestas, los conciertos en las plazas y demás eventos sociales como las visitas.

Recién llegada a Caracas, en un paseo nocturno por la Plaza Bolívar, Tallenay advierte que la misma está “llena de gente (y) presentaba una mezcla de razas, tipos y vestidos muy extraños” (71). Esta confluencia de personas de diversas “razas”, como sugiere Jenny, compartiendo un espacio común, representa para ella algo extraordinario.

Igualmente, registra Tallenay que un domingo por la mañana observa a

...unas *negras* con trajes de algodón, señoritas en mantilla, iban a las iglesias: cuyas campanas repicaban. El *europeo* con sombrero de copa alta y levita se cruzaba en las calles con el indio color de bronce, vestido con pantalón de cuti y un camisa coloreada; *mulatas* charlaban entre sí, ajustando a sus hombros sus largos pañolones negros, y toda esta gente nos examinaba de pies a cabeza; (1954: 68).

La cita refleja sus primeras impresiones respecto a quiénes residen en Caracas: negros, indios, mulatos y, además, extranjeros. A la vez, favorece percibir cómo son las costumbres en cuanto al vestuario que distinguen a cada clase social. Es de señalar que sus comentarios en torno a cómo los diversos grupos interactúan es para la viajera algo atractivo y extraordinario.

Otra cualidad que prevalece en los venezolanos desde la visión de Jenny es la atracción hacia los extranjeros: “toda esta gente nos examinaba de pies a cabeza; oíamos repetir: “son extranjeros, franceses, llegaron anoche! ¿Qué simpáticos!” (68). O también: “Mi mujer me encarga convidarles a nuestra mesa. Uds. son extranjeros y su presencia traerá suerte al nené.” (220). Apreciamos, entonces, cómo la cordialidad e interés que Jenny siente por los venezolanos también es manifiesta por los naturales hacia ella y su familia.

Si bien la escritora registra demostraciones de simpatía, también deja constancia del espíritu hasta cierto punto inocente y el agrado por los elogios de algunas personas cuando escribe:

Mientras charlábamos en casa de nuestro huésped con algunos habitantes del país, tuvimos la oportunidad de constatar hasta qué punto les gustan

los elogios y son sensibles a la crítica, aún la más benévola. Se prodigan entre sí el incienso con las dosis más fuertes. (84).

Esta costumbre tiene que ver con el deseo sostenido de parecer habitantes de una ciudad civilizada, progresista, que es comparada con París en crónicas publicadas en la prensa de la época.

Además, otro rasgo que la viajera destaca tiene que ver con la hospitalidad de los venezolanos y cómo el sentido humanitario los identifica:

...son naturalmente muy caritativos. Varios establecimientos de beneficencia, asilos, de huérfanos, entre otros, están mantenidos por completo gracias a sus donativos voluntarios. Señoras que pertenecen a la mejor sociedad organizan a menudo exposiciones de objetos de toda clase reunidos por sus cuidados, que despachan para dedicar el producto a buenas obras. (211)

Estima Jenny que la condición compasiva se extiende a todas las clases sociales, pues en uno de sus paseos, apunta, observó: “negras caritativas (que) acudieron con calabazas llenas de agua, ofreciendo de beber a los soldados”. (133).

Otra costumbre que refleja el aspecto caritativo que distingue a los venezolanos y que es reseñada por Tallenay es la siguiente: los sábados los mendigos van de puerta en puerta solicitando que les den “una limosnita por el amor de Dios” (211), en consecuencia, es generalizado que las familias tengan dispuestos unos centavos para poder complacer la solicitud. Especifica la viajera que cuando ya no se dispone de monedas se les pide perdón.

Esta actitud amable es advertida por la viajera en Caracas y en sus viajes por el interior del país. En tal sentido Tallenay comenta que al llegar a San Luis de Cura los dueños del hospedaje: “nos desearon la bienvenida, y nos ofrecieron, según la costumbre española, su casa y cuanto contenía” (236). Tal condición se reitera en otras visitas efectuadas, por lo que la viajera aprecia como cualidad generalizada en los venezolanos el ser hospitalarios y dados a ofrecer un trato cordial.

En otro orden de ideas, debemos acotar que todo lo que la autora reseña no es favorable a sus criterios y también asienta críticas a diversiones emblemáticas como las riñas de gallos y corridas de toros dejando saber su opinión al escribir “una sociedad protectora de los animales tendría mucho que hacer en Venezuela” (83). El comentario no es de extrañar en lo absoluto pues, tengamos siempre presente, que la escritora está animada por un permanente espíritu natu-

ralista o para expresarlo en términos contemporáneos, es amante de los valores ecologistas.

De las formas de sociabilizar, Jenny registra algunas costumbres verdaderamente interesantes como cuando recién llegados a Caracas se dedicaron a hacer y recibir visitas. Después de asistir a la recepción efectuada en la residencia de uno de los miembros del cuerpo diplomático, la autora precisa que la reunión fue

...numerosa y brillante. Algunas señoras en traje de gala ocupaban las ventanas; sus parejas, formando grupos, charlaban con animación en el interior del salón.

Esta separación de los dos sexos, excepto en las veladas bailables, está conforme con el uso de los venezolanos. En todas las reuniones, las señoras de colocan invariablemente en dos círculos, uno de los cuales comprende las mujeres casadas y el otro, las muchachas. (81).

Prosigue afirmando que los hombres sí se distribuyen en diversos salones, sin dejar de observar los dos círculos de damas. Acota que salvo en muy extrañas oportunidades, algún caballero se atreve a aproximarse a ellas. En consecuencia, “la conversación falta casi completamente en la sociedad local” (82). Entonces, “las señoras, entregadas a sí mismas, hablan de modas, vestidos y otros pequeños detalles de la vida doméstica; los caballeros, retirados en un rincón, se ocupan de política o de negocios”. (82).

Otro aspecto que especifica es cómo los jóvenes, “de pie e inmóviles, formaban una doble hilera para ver pasar a las señoritas a las cuales lanzaban a veces palabras admirativas” (71). Esta amabilidad de los caballeros hacia las mozas parece haber sido práctica distintiva en esos tiempos.

Relevantes son, asimismo, los datos que Tallenay refiere haber presenciado durante su permanencia en Valencia. Los viajeros se alojaron en un hotel en el que se festejaba un bautizo. De este evento, Jenny aprecia distintas costumbres sociales:

El padrino y la madrina, radiantes de alegría, ocupaban los sitios de honor y se saludaban alegremente con el nombre de “compadre” y “comadre” al cual tienen derecho las personas que tienen un mismo ahijado. Dos amigos, a cada uno de los cuales es el padrino de los hijos del otro, son igualmente compadres. Los ahijados han adoptado en Venezuela una costumbre singular. Cuando encuentran a su padrino o a su madrina, sea en una casa, sea aún en la calle, le piden su bendición. (220).

Vale decir, que esta usanza de pedir la bendición aún permanece entre los venezolanos. Igualmente, sigue siendo generalizado el tratamiento de compadre y comadre entre los padres del bautizado y sus padrinos.

En otro orden de ideas, comentaremos las costumbres fúnebres que Jenny tiene oportunidad de observar. Tallenay advierte que son similares a las que se efectúan en Europa, pero encuentra excesivos los discursos y panegíricos precisando: “No es raro ver un padre, un marido, un hermano, derramar públicamente su dolor en flores de retórica demasiado cuidadas que los periódicos publican al día siguiente en su parte literaria”. (120). Juzga que sería más conveniente y digno optar por un poco de silencio.

Estima la viajera que en Caracas existe afición por mezclar sentimientos de dolor con manifestaciones teatrales, que restan solemnidad a las ceremonias propias del día de difuntos o de la Semana Santa y que bien se resume en esta cita:

Las muchachas visten su más hermoso traje negro, sus graciosas mantillas de encaje y se van a visitar las iglesias muy ataviadas. Los jóvenes las esperan, reunidos en el portal. De allí se dirigen hacia los cementerios atestados de gente. Se encuentra, claro está, aquí y allá alguna mujer velada, arrodillada sobre el mármol; se ven bachones y coronas frescas colocadas piadosamente sobre las tumbas; pero para la mayor parte de los asistentes, es un objeto de paseo, un lugar de reunión donde se charla y se cambian las noticias del día. El verdadero dolor no tiene nada qué hacer, porque no hay allí no la soledad ni el recogimiento (120).

Entonces, podría sintetizarse este apartado especificando que para Jenny los venezolanos son personas hospitalarias, amables, dadas a compartir, alegres, seguidores de ciertas costumbres sociales que incluyen lo específico del proceder masculino o femenino. También los distingue ser favorables a hacer de los sentimientos de dolor un acto social apartado del silencio o reserva.

Encuentro con Caracas, el orden, civilización y refinamiento

Así como las motivaciones gubernamentales se centran en traer al país inmigrantes que suministren trabajo y conocimientos, también interesa desarrollar vías de comunicación y aquello que aporte modernidad al país. Al mismo tiempo se percibe una intención en cuanto a que el progreso material esté acompañado por buenas maneras y costumbres civilizadas. Observa Jenny al respecto que “sus periódicos más autorizados no mencionan nunca la población de Caracas

sin calificarla de “civilizada”, de “refinada”, o algún otro adjetivo muy sonoro. Su tono es tal que pasarían en Europa, a pesar de su seriedad, por hojas satíricas untadas de miel”. (84).

Como aclaran comunicados y crónicas diversas aparecidas en los diarios de la época, las costumbres reconocidas como “bárbaras” son consideradas antiguas. Se apoyan los criterios que ofrecen una visión de la ciudad y de sus habitantes distinguidos por llevar una vida actualizada y decente. Así, las damas destacan por estudiar el idioma francés, por aprender a ejecutar el piano y por vestirse como disponen las tendencias de actualidad en París. De hecho, muchos locales comerciales de Caracas llevan nombres franceses⁷. Asimismo, en la prensa se publica constantemente una oferta comercial muy atractiva con largas listas de implementos traídos directamente de la capital de la moda.

De acuerdo a esta afirmación, los habitantes deben mantener una actitud acorde al cambio proyectado, por eso la propuesta de refinar, europeizar, no sólo plazas y paseos a la usanza del llamado “viejo continente”, sino a la ciudadanía por medio de libros, revistas, periódicos, publicidad y de un sin fin de productos que ofrecen el comercio y las costumbres renovadas. Todo esto les permitiría estar a la altura de la propuesta de modernización⁸.

En lo que respecta a Jenny, no sólo será testigo de esta transformación, sino que, admiradora de Guzmán Blanco, intentará asentar en su relato el progre-

7 Por ejemplo, en Caracas disfrutaban de reconocimiento establecimientos comerciales como el Almacén París, la Mueblería Francesa, el Petit Bazar, la Sombrerería Francesa, la Confitería Francesa y la Botica Francesa. Otros nombres apuntan a otras ciudades europeas como el London Bazar, la Ferretería Inglesa o la Botica Austríaca.

Un dato curioso y que acredita lo que venimos exponiendo se encuentra en un aviso publicado en el diario “La Opinión Nacional”, respecto a la Confitería Francesa. En septiembre de 1877, este comercio notifica que se muda de Gradillas a Sociedad y al mismo tiempo anuncia con detalle el amplísimo menú que ofrece: “Confecciones para *soirées*, *biscuits de Reims*, *gâteau á la ceuillère*, *pièces monteés*, *hojaldres vol au vent*, entre otros. Como noticia estimable de reseñar aportamos que Jenny de Tallenay obvia esta oferta gastronómica y dedica numerosos párrafos a mencionar y describir las costumbres alimenticias típicas de los venezolanos: platos emblemáticos como la arepa, la hallaca, el tasajo, el sancocho o el queso de mano y bebidas como el carato o el guarapo están ampliamente descritos en su texto.

8 Algunos años antes de la llegada de Jenny de Tallenay, el General Guzmán Blanco comienza a ser el artífice del refinamiento de la ciudad y sus habitantes; él, su esposa y allegados pasan a ser el modelo de la buena sociedad caraqueña, modelos de civilidad, buen gusto y costumbres distinguidas; son, junto al *Manual* de Manuel Antonio Carreño, el paradigma a seguir.

so evidenciado por ella y el sostenido entusiasmo de los capitalinos por semejarse a París. Precisa la autora:

Se comprende, pues, cuán difícil es, para cualquiera persona que haya residido entre los venezolanos y se haya creado relaciones de amistad, / el no herir los sentimientos al indicar aquí y allá en este concierto de alabanzas algunas falsas notas.
-¡Cómo encuentra Usted a Caracas? –decían unos-. ¿No se parece a París?
-¿Tienen Uds. En Europa –preguntaban otros- parques tan bonitos como la plaza Bolívar?
Casi había miedo de contradecirles. (84 y 85)

Ya hemos evidenciado que uno de los aportes fundamentales de *Recuerdos de Venezuela* radica en que el texto registra el paisaje social, el entorno humano. La obra abunda en referencias a la apariencia física, vestimenta, costumbres, modos de sociabilidad, patrones religiosos, diversiones: de nada debe perderse detalle.

Tallenay dibuja con palabras, con la mayor sencillez y precisión posible cómo es la vida en Caracas durante su permanencia allí. Su relato, si bien no ofrece profundos análisis, es novedoso y de gran valía, ya que lo redacta una extranjera. En tal sentido, su mirada es distinta y por eso su texto merece particular estudio.

Otras apreciaciones: Encuentro con el interior del país. Una visión de contrastes

Sin detenernos mucho en este apartado, indicaremos sólo algunos rasgos emblemáticos del recorrido de Jenny y su marido por algunos poblados del interior de Venezuela. Hemos apreciado que uno de los valores de los *Recuerdos...* radica en que la obra recoge con detalle las observaciones de Tallenay producto de las diversas excursiones efectuadas en algunas ciudades y poblados de la provincia.

Del encuentro de la viajera con la provincia, los datos aportados permiten apreciar el contraste existente entre Caracas, pretendida ciudad civilizada, y el interior de Venezuela improvisado, pobre y en el que abundan personas de escasa preparación intelectual pero sí muy amables y hospitalarias.

Al iniciar estas excursiones Jenny va descubriendo y describiendo profusamente hermosos paisajes, acotando una serie de situaciones protagonizadas por las personas, algunos comerciantes, otros de más modesta condición y en

contadas oportunidades de mejor rango social, con las que le toca desenvolverse. Unas veces la autora se aloja en posadas sencillas, otras en extremo precarias, con escasas comodidades y atendidas por lugareños de humilde condición y modales simples, nada apegados al confort ni a la moda como se percibe en su estancia en Caracas.

Para entender esta afirmación es oportuno mencionar la descripción de la posada donde se hospedan en Tucacas. Allí le ofrecieron “una pequeña habitación sin piso situada no lejos del puerto [...] los muebles eran de lo más primitivos”. En los párrafos siguientes precisa que la puerta del hospedaje estaba destaralada, “que un niño hubiera hecho caer sin esfuerzo”. (186). Tal circunstancia se repite en San Joaquín, donde la posada estaba casi en ruinas y llena de telarañas: “parecía mal atendida, sucia, casi en ruinas. El posadero, un viejo mulato, vino a nuestro encuentro y nos llevó a un gran cuarto tapizado de telarañas donde picoteaban las palomas y gallinas. Estaba completamente desprovisto de muebles.” (224). Contraste enorme con el confort de Caracas y muestra de la improvisación reiterada en la mayoría de las estancias donde se hospedaban.

No obstante, Jenny observa hospitalidad por parte de los posaderos y, en general, con quienes interactúa en su recorrido por el interior del país. Siempre es tratada con amabilidad. Muestra de este trato afable es esta cita: “La velada de nuestros huéspedes se prolongó hasta la mitad de la noche. La despedida ocupó un buen cuarto de hora porque las mujeres se abrazaban y daban palmaditas en la espalda, lo cual constituye la salutación amistosa de los criollos.” (199).

En otro orden de ideas, de su permanencia en San Luis de Cura, Jenny observa cómo interactúan extranjeros y lugareños, lo que para ella es una experiencia extraordinaria:

La presencia de un gran número de extranjeros, venidos del interior, le da un aspecto particular. Se encuentran en la misma calle, en la misma plaza, señores de levita y sombrero de copa alta, peones vestidos con trajes de algodón blancos; llaneros con camisas coloreadas y pantalones arremangados en la rodilla; mujeres con la falda abigarrada y de amplio sombrero de paja, y negritos en el traje primitivo de nuestros primeros padres. El cuadro era realmente de una originalidad notable. (234 y 235).

Dato notable también es el que reseña respecto a cómo la informalidad es evidente en ciertas costumbres sociales. pues en La Victoria apreció la existencia de unas tiendas que venden objetos de diversas especies en los que

Los compradores no vienen siempre a pie; muy a menudo un jinete empuja la puerta y sin tomarse el trabajo de apearse de su caballo, lo dirige hacia el mostrador, adonde viene a hacer sus compras. Este uso, por otra parte, de una patriarcal desenvoltura, no es articular al distrito de La Victoria; está aceptado en toda Venezuela. (242).

La muestra indica que tal conducta es aceptada en toda Venezuela, lo que contrasta con el ideal de progreso y buenas maneras que permanentemente quiere hacerse notar como emblemático del país.

La mirada femenina: Jenny y las venezolanas

Más allá de cierta predisposición de Jenny hacia todo lo vinculado al aspecto etnológico, como costumbres sociales e incluso atuendos: “señoras y muchachas vestidas con telas ligeras” (149), “negros limpiamente vestidos” (149), los *Recuerdos...* son una pieza estimable por ciertos elementos muy particulares. Allí radica, a nuestro juicio, el valor de este diario.

En su búsqueda constante del dato etnológico, la autora no sólo observa y da cuenta de cómo son las mujeres criollas, sino que su mirada alcanza a las indígenas y, aunque en menor proporción, a las negras. Su gesto es valioso si tomamos en cuenta la época en la que se escribe el texto. Recordemos que tales actitudes de otorgar reconocimiento y visibilidad a clases sociales de menor rango eran escasas.

A continuación recogemos una de sus primeras impresiones. Apunta que las damas eran de estatura media, rasgos delicados y ojos negros:

La plaza Bolívar, llena de gente, presentaba una mezcla de razas, tipos y vestidos muy extraños, las señoritas, llevando trajes vistosos, con la cara enmarcada en una bonita mantilla graciosamente levantada sobre la nuca, caminaban en grupos de tres o cuatro dándose el brazo y charlando entre sí. Casi todas eran de estatura media y tenían los rasgos delicados y regulares animados por bellos ojos negros llenos de viveza y dulzura. (71).

Similar comentario se desprende de lo que observa estando en la ciudad de Valencia cuando paseaban

...hasta la plaza de la Catedral y allí, sentados debajo de una gran mata de bambúes, a algunos pasos de la iglesia, esperamos la salida de los feligreses.

Pronto los vimos desfilar, las señoras elegantemente trajeadas, con el libro de oraciones o el rosario en la mano, la cabeza cubierta con la mantilla de encajes; las muchachas caminaban dándose el brazo y charlaban alegremente entre sí. La mayor parte eran bonitas y entre ellas observamos a una de una espléndida belleza. (214).

De nuevo evidencia la costumbre entre las jóvenes de estar en grupo, bien trajeadas, manifestando alegría y ser físicamente hermosas. No obstante esta belleza natural, critica la francesa que

Desgraciadamente, hacen desaparecer toda la finura de su rostro encantador bajo espesas capas de colorete y polvos de arroz. Hasta se encuentran a veces niñas de siete a ocho años ridículamente maquilladas hasta el blanco de los ojos. Los negros han creído deber adoptar este uso y no es raro ver jóvenes negras con los hombros y brazos color de ébano, mostrar una cara cenicienta toda maquillada con una capa espesa y pegadiza de polvos de arroz. (71).

La viajera estima que las jóvenes son hermosas de por sí, pero hace constar que se apreciaría mejor su belleza sin exceso de maquillaje. Curiosamente, hace notar que el hábito de maquillarse excesivamente colocándose una gruesa capa de polvos de arroz ha sido adoptado también por las negras.

Otro distintivo que Tallenay reconoce en las jóvenes criollas radica en que

...naturalmente graciosas, se dejan, para decirlo así, mecer al sonido de la música, y nada es más / encantador sino ver sus bonitos pies seguir la cadencia de la “venezolana”, la cual, introducida en Europa, obtendría sin ninguna duda un gran éxito... (149 y 150).

En cuanto a las mujeres indígenas, la viajera tiene oportunidad de apreciarlas con detenimiento en una excursión por poblados del estado Carabobo:

Al aproximarnos al vado, un ruido de voces hirió nuestro oído. Mujeres indias se bañaban no lejos de allí. En/tre ellas notamos a dos muchachas de una belleza espléndida que se echaban riendo agua a la cara. Tenían las facciones finas, delicadas y hubieran hecho la admiración de un artista. Observemos a este propósito que los indígenas que viven en los pueblos de Carabobo son casi todos de la tribu de los Chaimas. En Turmero y Guacara la raza es un poco diferente. Sus representantes son de estatura menos elevada, bien formados y parecen muy inteligentes. (222 y 223).

Lejos de hacer invisible a las mujeres indígenas, la autora las prestigia al destacar que poseen rasgos finos y delicados, apreciándolas dignas de ser contempladas por un artista.

En una oportunidad, la excursionista y su marido se hospedan en la vivienda de una pareja indígena. Estos les ceden su habitación y se apresuran a servirles comida, comportándose en todo momento como personas amables y hospitalarias. (235).

Respecto a las mujeres negras, Jenny les dedica muy pocas líneas: “Unas negras endomingadas” (198), es decir, trajeadas como lo señalan las costumbres de vestir el mejor atuendo el día domingo. No obstante se refiere a ellas como personas amables, trabajadoras y serviciales con lo cual, aunque sea escuetamente, las toma en cuenta.

Discusión

Una vez culminado este breve artículo sobre las costumbres de los venezolanos que sobresalen en el texto *Recuerdos de Venezuela*, estimamos pertinente concluir que nos hemos acercado a descubrir a una incansable viajera: Jenny de Tallenay, y a un relato de indiscutible valor etnológico que cuenta con la visión y la versión de una dama francesa como autora, quien se esfuerza por disfrutar, conocer y acotar cada detalle del paisaje humano y geográfico que le rodea. La autora está inmersa en un permanente espíritu de aventura, ansiosa de descubrir un país y de acumular experiencias, hasta ese entonces, inéditas para ella.

La excursionista es naturalista incansable, acuciosa, constante, por lo que el texto es rico en datos de topografía, zoología, botánica y, también, es una fuente útil para aprender a valorar el paisaje geográfico circundante. Jenny disfruta de todo cuanto le rodea y logra contagiar este placer al lector.

Es pertinente acotar que la dama transmite un mensaje ecologista al criticar algunas diversiones de los venezolanos que son perjudiciales a ciertas especies animales y al lamentar cómo en el país existen amplias extensiones de terrenos baldíos que pudieran ser cultivados mejorando los puestos de trabajo y generando sustento.

Desde su arribo a Venezuela, la joven interactúa con personas de diversas clases sociales; tal circunstancia favorece apreciar que se encuentra ante una sociedad de contrastes en la que realza cómo conviven cotidianamente naturales,

extranjeros, criollos, mulatos, indígenas y negros. Todo esto es extraordinario para ella y así lo reconoce, pero no lo critica.

Cuando Jenny llega al país existe un sostenido y generalizado interés de semejar, al menos Caracas, a una ciudad adelantada, cuyos habitantes se destacan por ser decentes y por estar a la moda, al estilo de París. Ambas características no sólo demuestran refinamiento, sino progreso. Tallenay, admiradora del general Guzmán Blanco, destaca en su diario esta labor modernizadora.

Uno de los aportes del relato consiste en dar relevancia a las cualidades que distinguen a los venezolanos, en colectivo, de quienes sólo critica algunos pocos defectos. Desde su punto de vista, en general los venezolanos son gentiles, caballerosos, hospitalarios, dados a sociabilizar y atentos con los extranjeros.

Así como Jenny de Tallenay observa a la mujer venezolana y reconoce en ella rasgos como la belleza natural, su afición a la coquetería y a gustar del buen vestir, hallamos una auténtica contribución cuando la escritora opina respecto al atractivo de la mujer indígena, mientras que celebra el sentido hospitalario, servicial y amable de la negra. Este dato es importante si advertimos que las clases consideradas inferiores estaban cubiertas por el manto de la invisibilidad social. De ahí que al tomar en cuenta a indígenas y negras el texto de Tallenay implique cierta novedad y haga más completa la visión que ofrece de la sociedad venezolana.

Bibliografía

BERROETA LARA, Julio. *Los caraqueños vistos por los costumbristas del siglo XIX*. Caracas: Ediciones Fundarte, 1983.

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”. González S. Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y María Julia Daroqui (comps.) *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana. Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. 1era. Edición, 1995.

PINO ITURRIETA, Elías. *Ideas y mentalidades de Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. N° 179. Colección Estudios, monografías y ensayos, 1998.

QUINTERO, Inés. (coord.). *Antonio Guzmán Blanco y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.

TALLENAY, Jenny de. *Recuerdos de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, [1884]. 1954.

Hemerográficas

MESTAS PÉREZ, Marielena. “Costumbre y cotidianidad en Caracas, 1870-1877(Una perspectiva desde el diario La Opinión Nacional)”. Revista Montalbán. Caracas: UCAB. 38. 2005. págs.137-184.

Diccionarios

Fundación Polar. Diccionario de Historia de Venezuela, 4 tomos. 2da. Edición, 1997.